

Finalmente, creo que los ejemplos puestos para demostrar una inclinación católica a espiritualizar el bien común, no son los mejores. La primacía de la Gracia, que es la de la misma vida espiritual, no debe negarla ningún católico –Widow no lo hace– desde que la salvación de un alma vale más que todos los bienes creados. Y no todos los que recalcaron la prioridad de la Gracia o del espíritu, como San Agustín, renunciaron a lecciones políticas, porque hacer política no se agota en el ser funcionario u otras cosas por el estilo. El clericalismo, por otra parte, no sería ejemplo de utilización del orden sobrenatural para fines temporales sino más bien del poder eclesiástico para esos fines. Por último, la tesis liberal que presenta al catolicismo como sola religión sin entremeterse en política, se choca con el liberalismo católico que transigió con la ideología decimonónica e hizo política, por no decir que ésta es una versión poco cristiana (protestante) y nada de católica.

En fin, que estos detalles no afean el libro, sino que muestran cómo entre los católicos seguimos debatiendo sobre la politicidad de nuestra fe y de nuestra Iglesia. Discúlpeme el amigo trasandino por haber despuntado el vicio de la crítica, pero entiendo que son temas que –haciendo pie en el magno problema de la Modernidad para los católicos– debían ser advertidos.

Juan Fernando SEGOVIA

AA.VV., *In memoriam Ignacio Barreiro Carámbula nel primo anniversario della morte*, Comitato promotore degli Incontri Tradizionalisti di Civitella del Tronto, 2018, 64 pp.

Monseñor Ignacio Barreiro, español de la banda oriental del Río de la Plata, como le gustaba definirse, nuestro inolvidable colaborador, falleció el Jueves Santo de 2017. Al cumplirse un año de su muerte un querido amigo, Maurizio Di Giovine, alma del comité organizador de los Congresos tradicionalistas de Civitella del Tronto, ha querido rendirle un piadoso homenaje editando este opúsculo. Ha sumado a la edición a la Comunión Tradicionalista, de la que es delegado en la península italiana, y al Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, del que es miembro.

Ha compilado al efecto una serie de obituarios y otra de ho-

milías. Entre los primeros, además del suyo, los del cardenal Burke, el presidente de Vida Humana Internacional y los de los profesores Danilo Castellano y Miguel Ayuso. Respecto a las segundas, unas se refieren a la península italiana y otras son de temática carlista, pero todas tradicionalistas y, si se me apura, hispánicas.

Es de ofrecer el esfuerzo generoso del doctor Di Giovine por honrar la memoria del gran sacerdote tradicionalista que fue Monseñor Ignacio Barreiro.

Manuel ANAUT

Antonio Cañellas y César Olivera, *Vicente Rodríguez Casado*, Madrid, Ediciones 19, 2018, 400 pp.

Antonio Cañellas es un joven y prolífico historiador, de cuya obra podemos destacar sendas biografías de Laureano López Rodó (2011) y Alfredo Sánchez Bella (2015). César Olivera, medievalista, es un investigador del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Para esta biografía de Vicente Rodríguez Casado se han repartido el trabajo. Los primeros capítulos y el último, donde los aspectos personales son capitales, son obra de César Olivera, pariente del biografiado. Los centrales, en los que la narración de la actividad académica y política eclipsa a la persona, han corrido a cargo de Antonio Cañellas.

Vicente Rodríguez Casado (1918-1990) fue un historiador, político y *manager* cultural del Opus Dei. Conoce a don José María Escrivá durante los años de la República, en la Academia DYA, primer centro de la Institución, fundada pocos años antes por Escrivá. Tras estar asilado en una Embajada en el Madrid rojo, se incorpora al Ejército con la intención de pasar a la zona nacional, cosa que logra, continuando la guerra hasta su final entre las tropas a la postre vencedoras. Concluye rápidamente los estudios de Filosofía y Letras, aprovechando las ventajas dadas por las nuevas autoridades para compensar a los perjudicados en sus carreras por el conflicto, y en 1942 gana la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Ese mismo año pone en marcha la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, ligada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y a la Universidad de Sevilla, y el año siguiente